



**UNA
MENTIRA
LETAL**

UNA NOVELA DEL DETECTIVE MALDONADO

**PABLO
POVEDA**

Era el mejor inspector de Madrid encontrando a personas desaparecidas. Un trágico accidente acabó con su carrera.

Ahora es detective privado.

Investigando una aparente infidelidad matrimonial, Maldonado se involucra en un siniestro crimen rodeado de mentiras que hará peligrar su reputación y la de uno de sus mejores amigos.

Tendrá que sacrificar su vida para resolver el caso que acabará con sus problemas personales.

A Ana, por confiar en mí una vez más, a Santiago
Gómez, el auténtico castizo, y a ti que me lees,
por hacerlo posible.

Enero 2021, Chamberí, Madrid.

1

Lunes
Día 1

Ser el mejor puede ser una convicción, pero no te garantiza nada en esta vida.

Él era el más sobresaliente de su equipo. No tardaron en echarlo del Cuerpo de Policía Nacional cuando encontraron la posibilidad de hacerlo.

Desde entonces caminaba por un sendero confuso y sin horizonte.

Cruzó bajo el sombrío rótulo de un ultramarinos de legalidad dudosa, una de esas tiendas que se podían encontrar en cada esquina, en cada calle, en cada barrio de Madrid y todas ellas con el mismo decorado.

Saludó al tendero de origen chino y caminó hacia el interior del establecimiento en busca de los dulces. Estaba hambriento, dormía fatal desde hacía semanas y ni siquiera el Atlético de Madrid le daba una alegría. Era como vivir en una broma de mal gusto.

Con la mirada del asiático clavada en su nuca, dirigió la vista hacia la nevera que guardaba los embutidos y los quesos.

—¿Le puedo ayudar? —preguntó el tendero, sin moverse del mostrador.

Él levantó la cabeza y la giró con sutileza.

—No, no lo creo... Mis problemas no se solucionan con una elección.

El hombre, confundido, bajó la guardia sin comprender lo que pretendía decir.

No era una cuestión sobre qué desayunar, sino si podía permitirse aquel capricho. Comer o beber para empezar el día. O una u otra, pero no las dos opciones juntas. En los últimos meses, la vida le estaba dando una patada bien fuerte en el trasero.

Con la mano sobre el cristal de la cámara refrigeradora que lo separaba de los envasados de jamón serrano, dudoso, cambió de parecer cuando advirtió la llegada de un segundo cliente.

—Buenos días —dijo el tendero, pero no recibió respuesta.

«Será desgraciado...», pensó con desprecio y notó algo extraño en la actitud de aquel tipo.

Un vistazo rápido fue suficiente para entender que su decisión debía esperar.

Antes de que notara su presencia, se echó a un lado para ocultarse tras el estante de hierro donde se almacenaban los lácteos. El tendero no se anticipó al susto que estaba a punto de recibir. O quizá sí, pensó, porque su rostro era más complicado de leer que un texto en sánscrito.

«Tenías que venir aquí a tocarme los cojones...».

Se arrastró hasta la sombra que lo separaba de la claridad de la calle. Luego dio un vistazo a su alrededor, buscando sin éxito un objeto contundente con el que defenderse. Volvió a mirar al tipo por el hueco que dejaban los cartones de leche y estudió sus rasgos. Tenía el clásico perfil del drogadicto primerizo. Aún fuerte, aunque ya desesperado. Su rostro no parecía una calavera e iba vestido de manera casual, algo sucio, pero a la moda, y más por la zona en la que se encontraba. Las ojeras y la ansiedad que provocaban la abstinencia eran notables en un cuerpo que comenzaba a apoderarse de sus acciones.

Primero cerró la puerta del local. Después colgó el cartel de CERRADO y, cuando el propietario quiso darse cuenta, el cañón de la Beretta de nueve milímetros apuntaba a su pecho.

—No te pases un pelo de listo y mete la pasta en una bolsa.

—*No-no-no dispale...* —comentó, escondiendo la cabeza y levantando las manos. La presencia del arma era superior a su valentía.

—¡Venga, hostias! No tengo toda la mañana... —insistió, sujetando la pistola con dificultad. Desde la retaguardia, se fijó en sus movimientos. Los temblores eran visibles y eso lo hacía peligroso—. ¡Saca el puto dinero de la caja!

En silencio, aguardó unos segundos que parecieron eternos. Por suerte, el trabajador estaba ocupado por salvar su vida y se había olvidado que él seguía allí dentro. Estudió al chico una vez más.

Respiró profundamente.

Uno.

Dos.

Recuperó la claridad mental.

En apenas segundos, sospechó que llevaba el arma de un Guardia Civil y, por su pelaje, lo más probable era que se la hubiese robado a su padre. Si disparaba, los problemas tomarían un efecto dominó. Y qué culpa tenía el guardia de que su hijo fuera un desgraciado, pensó. Y es que lo era para cometer un atraco así, a primera hora de la mañana, en una de las calles más transitadas del centro de la ciudad, a plena luz del día y sin apenas haber facturación.

La sangre le hervía, pero no era momento de ponerse reflexivo. Tampoco podía perder los estribos. No allí dentro.

Encontró el reflejo de su cara en una lata de aluminio.

Los ojos marrones como las bellotas, profundos y afilados. El cabello liso y oscuro, manchado de canas y perfectamente despeinado. La mandíbula pronunciada, cargada de tensión y rabia. Una barba oscura, corta y áspera como el papel de lija.

Recorrió el pasillo hasta el final y agarró una lata de tomate en conserva con la mano diestra. El asiático metía el poco dinero que guardaba en una bolsa de plástico verde.

—Es todo lo que tengo —dijo el hombre, asustado.

—¿Esto? —preguntó el caco, indignado, tensando la mandíbula y levantando la voz—. ¿Y lo de ayer?

—No está. Yo solo trabajo.

Le había salido mal. Su primer saqueo, su primer fracaso.

—Me cago en tus muertos, chino de...

El atracador no terminó la frase cuando la lata de tomate le golpeó en la nuca, reventando el cilindro y manchándolo todo de salsa. Se escuchó un estrépito. El cuerpo se derrumbó contra el estante metálico y los tarros de encurtidos se rompieron en las baldosas.

Rápido, le arrebató el arma al atracador, tiró el cargador al suelo y le golpeó varias veces con la culata en la cara.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Para! ¡Por favor! —exclamó este, como respuesta a la zurra, indefenso y protegiéndose el rostro con los brazos—. ¡Te lo suplico!

Pero nada le libró de una segunda sacudida.

Lo agarró de la cazadora y le propinó hasta tres horribles puñetazos que fueron directos al tabique nasal. El primero rompió algo allí dentro. El segundo le destrozó un cartílago. El tercero lo noqueó. Estaba fuera de sí.

El cuerpo del drogadicto dejó de resistirse, pero él continuó con los nudillos manchados, poseído por la misma furia que lo había expulsado del Cuerpo.

Con los ojos inyectados en sangre y a escasos centímetros del suelo, notó la mirada pavorosa del asiático por encima del mostrador.

Soltó la solapa de la cazadora de cuero del maleante y lo dejó en el suelo inconsciente, hecho un cuadro.

Respiró hondo, tenía la boca reseca y el control de vuelta.

«Lárgate de aquí cuanto antes».

Recogió la pistola y el cargador y los dejó junto al mostrador.

—Perdón por el desastre —comentó, sacando un pañuelo del bolsillo para limpiarse los nudillos. Tragó saliva y recuperó el aliento—. Llama a la policía, entrégales el arma y di que te enfrentaste a él con las manos.

El hombre seguía sobrecogido por la actuación.

—Pelo...

—Di que ha sido en defensa propia. Todos los chinos sabéis *kung-fu*, ¿no? —cuestionó con sarcasmo. El hombre se rio. No era cierto, aunque la policía tampoco creería la verdad sobre lo ocurrido. Luego se acercó a la nevera de la entrada, agarró un emparedado envasado y señaló a la balda de botellas que había a espaldas del trabajador—. Y una de whisky DYC, por favor.

—Clalo... —dijo y la puso sobre el mostrador.

Él dejó el último billete de diez euros que guardaba en el bolsillo del pantalón.

—¿Cuánto es todo?

El tendero negó con la cabeza.

—Es un *legalo*.

—Gracias, pero no... —respondió, apartó el billete, guardó el sándwich envasado en el bolsillo de su Barbour de color verde aceituna y agarró la botella—. No me gustan los regalos, ni tampoco las sorpresas. Es tu negocio y tu dinero. Llama a la policía antes de que despierte... si es que lo consigue.

* * *

El aire gélido del invierno madrileño le azotó en el rostro en cuanto abandonó la tienda. Comprobó la hora y vio que aquel viejo reloj de pulsera se había vuelto a atrasar.

«Maldita sea...», se lamentó y le dio varios toques a la esfera de cristal con el dedo.

El reloj estaba tan averiado como él.

Era consciente de que debía repararlo en algún momento, pero siempre lo aplazaba con una excusa. Llevaba seis meses así, dando problemas, funcionando mal.

El mismo periodo transcurrido desde la noche que lo cambió todo.

En el fondo era un recordatorio para pagar su penitencia.

«Al carajo...».

La cuesta que iba de la calle de los Reyes hasta San Bernardo parecía la subida al Everest.

Sacó un paquete aplastado de tabaco *light* del bolsillo interior y cerró la cremallera de la cazadora. Después soltó un soplo, helado por la temperatura.

El atracador sobreviviría, caviló, aunque ni la cirugía lo salvaría de quedarse con un par de cicatrices para el recuerdo.

De nuevo se le había ido la mano con el correctivo.

Encendió el cigarrillo, dio una larga calada y exhaló el humo formando una nube densa delante de su cara. Un mendigo con una bufanda del Atlético de Madrid lo miró con recelo. En su reclamo escrito a mano y con mala letra, pedía limosna para comer, pero los ojos del vagabundo comunicaban algo distinto.

Lo miró. El errante no se atrevió a decirle nada.

Sin pensarlo, se acercó a él y le ofreció la botella entera. Los ojos del hombre se abrieron con brillo.

—Calientate un poco, amigo. Dicen que es el abrigo de los pobres.

—Gracias, compadre —contestó el tipo de la calle—. Que Dios te lo compense.

—Ese siempre es el último que paga.

Tomó San Bernardo y giró hacia la derecha en dirección a la Gran Vía, donde se ubicaba la oficina.

El centro de Madrid despertaba un día más con sus contrastes de gente recorriendo las calles con prisa, con su idiosincrasia donde todos tenían su silla hasta que la perdían. Un Madrid efervescente, salvaje y con una actitud única, diferente a la de otros distritos. Un lugar en el que los sueños, para muchos parecían hacerse realidad y para el resto solo eran el comienzo de una larga pesadilla. Y puede que por esa razón él decidiera abrir un despacho en el corazón de tanta esperanza ajena, porque la suya ya estaba perdida.

Por las escaleras de la boca del metro de Noviciado entraban como roedores los jóvenes que acudían a la universidad.

Al pasar por delante de la puerta del Ministerio de Justicia, vio a dos policías vestidos de uniforme, custodiando la entrada. Los trajes nunca le habían gustado, al menos, en su oficio, aunque hubo una época en la que no tuvo más opción que ponérselos. Ver a los excompañeros, ya fuera de guardia, rondando por las aceras o descansando en un bar, lo arrastraba por los recuerdos de sus días boyantes.

Pero atrás quedaba todo aquello, se repetía.

Uno.

Dos.

Y exhaló hasta vaciar los pulmones.

A lo lejos avistó la muchedumbre de la Gran Vía, moviéndose como un enjambre de abejas en sendas direcciones. Antes de llegar a la esquina que unía San Bernardo con aquel infierno de tiendas, luces y baldosas, alzó la cabeza y vislumbró un cartel azul con las letras en blanco, en la cuarta planta del último edificio.

MALDONADO DETECTIVES, decía el rótulo.

Sonaba bien, pensó, aunque le sobraba una letra.

Allí, sabuesos solo había uno.
Y ese uno era él.

2

El edificio número trece de la calle de San Bernardo era un bloque peculiar. En él albergaba un hostel, una casa de citas y un montón de turistas extranjeros que alquilaban apartamentos por días, sin saber muy bien quién de ellos iba a qué y por cuánto tiempo.

Sin duda, pensó que era el lugar perfecto para abrir su agencia.

Varios meses después de salir del Cuerpo, alquiló uno de los apartamentos de la cuarta plana, dejándose los pocos ahorros que guardaba, en un minúsculo espacio exterior de dos habitaciones que funcionaba como oficina. Sabía que la localización era importante y que la única manera de que llegaran los clientes era manteniéndose visible en el corazón de la gran ciudad.

Salió del ascensor y abrió la puerta.

Un empalagoso perfume de mujer lo embriagó.

Marla, su secretaria, había llegado antes que él al trabajo, lo cual no le sorprendió. La joven de veinticinco años, un *rara avis* en toda regla, levantó la vista por encima de las monturas cuando lo vio llegar. Estaba sentada junto al escritorio en el que trabajaba, una austera mesa de IKEA con un ordenador portátil, una vieja radio con antena y una lámpara verde que había conseguido en el Rastro.

Al verla, se alegró de haberse deshecho de la botella.

—Javier, te ha llamado dos veces el inspector Berlanga. Dice que tiene algo importante que contarte.

Marla tenía una voz dulce, pero él no estaba para hablar con nadie.

Maldonado soltó un ligero gruñido, se quitó el abrigo y lo dejó sobre un falso sofá Chesterfield de color granate.

Sacó el emparedado aplastado del bolsillo del abrigo y lo dejó en la mesa.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—La mañana es muy larga. Esa dieta te va a matar.

Ella evitó la pregunta con sutileza.

—Tu amigo parecía insistente. Deberías devolverle la llamada.

En silencio, caminó hacia la ventana y observó el esplendor de la calle, el cielo gris de la mañana, el tráfico congestionado de las primeras horas y el rótulo verde de El Corte Inglés de Callao. Una sirena de la policía atravesaba San Bernardo.

Comprobó la hora. Eran las diez.

—Si tanto interés tiene, telefonará otra vez —dijo y se dirigió hacia la puerta contigua—. Desde que me fui, Berlanga se aburre en el trabajo.

—¿Por qué será?

—Pregúntaselo a él la próxima vez.

Ella se burló, repitiendo la frase con un tono infantil.

Porque Marla conocía la historia de su pasado, pero solo la versión que él le había contado.

—¿Todo bien? —preguntó y observó un jarrón transparente con un ramo de rosas marchitas—. ¿Ha dejado ese novio de mandarte flores?

—¡Por favor, Javier! Hablas como mi padre. ¿Cuántos años tienes? ¿Doscientos?

—Los suficientes como para saber que no te gusta.

Ella frunció el ceño.

—No es mi novio y solo lo ha hecho una vez. Es un buen chico.

—Razón suficiente para entender que no es tu tipo.

—¿Y cuál es mi tipo de hombre?

—No lo sé. Te digo lo que veo, soy detective, pero no me meto en tu vida. Deberías salir con alguien que te anime, ya sabes a lo que me refiero, aunque no es nada que no sepas.

—Gracias por la consideración. No eres el más indicado para dar consejos sentimentales.

—En eso te doy la razón —dijo y giró el pomo de la puerta—. Pásame las llamadas que merezcan la pena.

Cerró, vislumbró el ejemplar de El País que había sobre su escritorio y volvió a mirar hacia la calle.

«Pobre Marla. Tan joven, tan bonita, tan lista y con ese cabello dorado de ángel, capaz de hacerle perder el sentido a cualquiera... y echándose a perder como las flores del jarrón». Desconocía las razones que llevaban a una chica de veinticinco años como ella, a trabajar en un lugar como aquel, con un desastre de hombre como él.

Marla había llegado a través del anuncio que puso en el periódico.

Era una estudiante en prácticas de Criminología. Sus estudios poco tenían que ver con el trabajo de detective, pero Maldonado no pudo rechazar la oferta de tener una empleada sin coste alguno. Aunque el trabajo que podía ofrecerle era escaso, su compañía hacía que los días fueran menos largos para los dos. Cuando los ingresos crecieran, le pondría una nómina.

Con el ordenador apagado, se recostó en la silla de oficina y abrió las primeras páginas del diario. Leer el periódico era una de sus rutinas matinales. No se consideraba un lector asiduo y tampoco le interesaban las noticias que no fueran de sucesos. De hecho, leía bien poco, exceptuando las novelas policíacas baratas de bolsillo que compraba en la Cuesta de Moyano, cuando podía permitirse ciertos caprichos.

Buscó entre las páginas y tanteó los titulares.

El teléfono volvió a sonar al otro lado de la pared.

—Sí, está aquí, un momento —dijo la voz de la chica y el aparato de su mesa timbró. Respiró hondo antes de atender al pesado de su excompañero y descolgó.

—¡Demonios, son las diez! Ni siquiera me he tomado el primer café... ¿A qué viene tanta urgencia?

—¿Señor Maldonado? —preguntó una voz ronca, seria y distante. No era Berlanga, ni por asomo—. ¿Hablo con el detective Maldonado?

Tragó saliva con dificultad.

—Sí, soy yo —contestó. Aún no se acostumbraba a su nueva profesión—. Disculpe, lo he confundido con otra persona. Comencemos de nuevo, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

La voz meditó sus palabras.

—Un buen amigo suyo, el inspector Berlanga, me ha recomendado sus servicios. Dice que es el mejor en su área.

—Podría empezar diciéndome su nombre. Me gusta saber con quién trato.

La respuesta fue cortante, quizá demasiado para el gusto del hombre que hablaba al otro lado.

Era su segundo cliente en tres meses y le costaba adaptarse al trato servicial.

—Entiendo. No se anda con rodeos, ni siquiera con sus clientes... Mi nombre es Rafael y me gustaría encargarle un asunto privado.

—¿De qué se trata? ¿Cómo de privado?

—Muy privado. ¿Podríamos reunirnos? Prefiero hablarlo en persona.

Por un momento, vaciló en señalarle que no existía mejor lugar que su despacho, pero no podía despacharlo tan rápido.

Si Berlanga tenía tanto interés, creyó que quizá tuviera un motivo.

Con el teléfono pegado a la oreja, anotó la dirección, volvió a contemplar el silencio de la habitación y decidió que no perdía nada por intentarlo.